
PERSPECTIVA SOCIOLOGICA DE LA VEJEZ*

“Hacia rato que un anciano, buen conocedor de la lucha, venía animando los combates. Sintió alegría Agamenón al verle, y le dirigió estas aladas palabras: ‘¡Ojalá te pudieran sostener las rodillas y tu vigor fuera tan firme como el del corazón que late en tus entrañas! Mas te retiene la penosa vejez. Otro hombre debió padecerla por tí, pues tú te mereces estar entre los más jóvenes.’”

Iliada, Canto IV.

José Enrique Rodríguez Ibáñez

El problema y sus raíces

Incluso Vischer, que quizá sea el más optimista estudioso de la vejez, define a ésta como «una tragedia» (1970, 195)**. En efecto, la ancianidad es una etapa no deseada de senescencia cuyas terribles características son, entre otras, las arrugas, la enfermedad, la debilidad, la fragilidad corporal y, sobre todo, la vecindad de la muerte.

Sin embargo, el problema de la vejez no es estrictamente biológico, sino que posee asimismo unas raíces sociales y culturales. A este respecto, debe ser considerado en primer lugar algo que se ha repetido muchas veces: en las sociedades tradicionales y comunales, de base rural, los ancianos eran mayoritariamente respetados; representaban la experiencia y el conocimiento; constituían «autoridades» naturales de un mundo estático. (Es ésta una amplia generalización de pautas culturales prevalecientes, por supuesto, y no una descripción detallada de procesos complejos; lo advierto, pues abundaré en este tono en otros pasajes.)

* Esta llamada, como las notas, es desarrollada al final del texto.

** Los paréntesis que identifican citas y referencias, por medio de precisar fecha de edición de la obra y página, se remiten a la bibliografía.

Con el desarrollo capitalista e industrial, la situación anterior se desvanece. La sociedad se urbaniza, tecnifica y dinamiza progresivamente; la experiencia deja de ser la principal fuente de conocimiento; las familias se dispersan, y la producción se erige en valor dominante. En el marco de este nuevo sistema socioeconómico, a los ancianos se les asigna un papel marginal y hasta se les cataloga de inútiles: ya no son productivos, han quedado «obsoletos». La vejez, que es un estadio natural de la persona, queda identificada con el «retiro» o «jubilación» —que es una invención social—. Paralelamente, lo «juvenil» preside más y más la cultura establecida. El *ethos* industrial u «occidental» adquiere unos rasgos —éxito, competitividad, aceleración, agresividad— claramente identificados con la juventud; y de esta manera las personas de edad son percibidas como anacronismos incluso en las escenas cotidianas en las que puedan intervenir.

Por supuesto no todos los ancianos comparten los mismos problemas ni la misma situación. En este grupo humano se reproducen las diferencias estructurales y estratificacionales de la sociedad en la que está inserto: según cuál sea su clase y posición social, dichos ancianos perciben diferentes ingresos, viven en distintos lugares y tienen acceso a diversas oportunidades y actividades. Por decirlo llanamente, suele pensarse en la pobreza al mencionar la vejez, pero también pueden verse viejos adinerados¹. No obstante, creo que es posible, a pesar de lo dicho, detectar en las sociedades contemporáneas un sesgo profundo de segregación cultural de la vejez que afecta a toda ella por igual, incluidos los ancianos ricos.

Todas las gentes de edad son tratadas en general con una actitud paternalista que les asigna cosas «apropiadas» (es decir, triviales) que hacer. Se supone que deben ser «dulces», frágiles, aptos para ser ayudados en cualquier momento. Deben aceptar a todos niveles como hecho el que su vida sea un sendero envuelto entre algodones y narcotizado. Este tipo de segregación cultural está en relación con la obsesión productivista propia de la «modernización» capitalista: si, como sucede en la cultura del capitalismo, a los viejos se les considera más como «jubilados» (no trabajadores) que como personas, entonces no es raro que la sociedad «adulta» segregue hacia ellos una actitud estigmatizadora y dirigista. Retiro e inutilidad quedan emparentados al ser definidos socialmente, y así, que el primero signifique también carencia en una gran mayoría de ocasiones resulta algo enteramente «lógico». A tal punto llega la cuestión, que los interesados no temen sólo el retiro por lo que tiene de quebranto económico, sino que también a veces les acarrea problemas de salud y equilibrio emocional. Se da el caso, en efecto, de personas jubiladas que, imbuidas de la mentalidad del rendimiento y el trabajo directamente productivo, llegan a sentirse culpables a causa de su recién ganado tiempo libre.

Pero estoy avanzando opiniones sin elaborarlas; de modo que intentaré

fundamentarlas por medio de la reseña de algunas de las obras que han criticado la actual concepción dominante de la ancianidad.

En su bello, apasionado (y también documentado) libro sobre la vejez, Simone de Beauvoir (1970, introducción, *passim*), pinta como «subhumana» la condición media de los ancianos en las sociedades capitalistas. La mayoría de las veces, «viejo y pobre son sinónimos». La vida del anciano es normalmente «vegetal». «El que los últimos quince o veinte años de la vida de una persona sean sólo un desecho es prueba del fracaso de nuestra civilización.»

La autora funda su crítica a la condición negativa de la vejez en una más amplia crítica del sistema capitalista. Para ella, la privación de la ancianidad no es sino un aspecto de las injusticias del capitalismo:

«La explotación de los trabajadores, la atomización de la sociedad y la miseria de una cultura elitista confluyen en la deshumanizada vejez de hoy» (1970, int.).

De Beauvoir, en consecuencia, propone una alternativa revolucionaria (que no concreta, limitándose a emplear palabras tales como «una conmoción radical», y frases como «es preciso transformar todo desde el principio»). No obstante, se pronuncia a favor, entre tanto (y refiriéndose a Francia), de diversos pasos parciales en favor de la ancianidad; por ejemplo, el impulso por parte de la Administración de programas sanitarios y asistenciales, y la modernización de los asilos públicos.

También Zena Blau ha subrayado dramáticamente la condición negativa de los ancianos, particularmente en lo que respecta a los Estados Unidos. En este sentido, dice:

«Es cierto que las personas de edad reciben ciertas compensaciones *financieras* al enviudar o jubilarse, pero nuestra sociedad [norteamericana] no ha sabido asumir el grado de responsabilidad necesario para crear nuevas y significativas formas de reconocimiento *social*. El resultado es que el sino de muchos ancianos en los Estados Unidos tenga que ser el hastío forzado y la sensación de inutilidad... Mantener esta situación... constituye un derroche de recursos y espíritu humanos que podrían utilizarse para mejorar la sociedad y a sus miembros más mayores» (1973, xii; subr. de la autora).

Para nuestra escritora, la solución de tal panorama no debe ser solamente estructural, sino que requiere asimismo una transformación cultural profunda:

«América [sic] necesita esa clase de espíritu comunitario [se refiere a China]. Es hacia su creación hacia donde debemos dirigir activamente nuestra mente, nuestros recursos y nuestras posibilidades organizativas. Debemos reconocer que la búsqueda de la felicidad personal no es una ideología satisfactoria para la sociedad en su conjunto, ya que la felicidad es esquiva cuando se la persigue para fines privados y con medios también privados. No puede crearse ningún sentimiento comunitario sin reforzar el papel de ciudadano mucho más de lo que lo está en la actualidad. Todos deberían disfrutar del

trabajo productivo y socialmente útil... Si se diera a los ancianos la oportunidad de desempeñar su papel de ciudadanos en el más amplio sentido de la palabra, mediante el servicio activo en y para la comunidad, la etiqueta [*senior citizen*] recobraría un sentido del que hoy por hoy carece. Cuando eso ocurra, envejecer no tendrá perspectivas sombrías y temibles, sino que constituirá una etapa de la vida en la que hombres y mujeres, ya no más simples consumidores, puedan tratar de lograr juntos un estado de humanidad más íntegro, no mediante la búsqueda del placer y la diversión, sino fundamentalmente por medio de la actividad altruista» (1973, 207-208).

Valiosas como son, yo diría que en cierta medida las propuestas de Blau también están moldeadas por la obsesión «productivista» a la que atacan. Pero esto no pasa de ser una observación marginal que no empaña la oportunidad de la cita.

La privación de la ancianidad es presentada por Irving Rosow en términos más técnicos:

«Las fuerzas institucionales favorecedoras de la situación de los ancianos, propias de sociedades poco complejas, actúan sin embargo en nuestra sociedad [norteamericana] en contra de ellos. Nuestra productividad es muy alta mientras que, paradójicamente, nuestra dependencia mutua es demasiado baja. Somos demasiado ricos como nación y demasiado autosuficientes como individuos para necesitar a los viejos; por lo cual las funciones sociales típicas de estos últimos se desvanecen. Esto refleja, a la vez que acentúa, otros valores culturales establecidos, tales como nuestra mayor preocupación para los jóvenes y, en general, nuestra orientación juvenil» (1974, 7).

Las consecuencias de lo anterior son para el autor las siguientes:

«[Los ancianos] se ven desautorizados, encajonados en estereotipos tendenciosos, excluidos del juego de las oportunidades sociales; pierden su papel, se enfrentan con una enorme ambigüedad a la hora de expresarse como personas y luchan por mantener su dignidad mediante la adopción de imágenes juveniles» (1974, 12).

Rosow desarrolla una teoría centrada en torno al concepto de «pérdida de papel» (*role loss*; luego volveremos sobre ella), llegando a conclusiones muy pesimistas. Para él, «no hay síntomas de que se vaya a producir un cambio social que integre más sólidamente a la vejez en nuestra sociedad» (1974, 154), y, al mismo tiempo, «la actual extrañación de los ancianos de la sociedad seguirá igual en sus líneas fundamentales» (1974, 168). No obstante, cree que al menos uno de los problemas de la ancianidad —el aislamiento— puede ser resuelto en parte. Su punto de partida, desde luego, es que «nuestras instituciones y valores del presente no ofrecen a las gentes de edad la disyuntiva entre marginalidad e integración, sino simplemente un abanico de formas diversas de extrañamiento». Ahora bien, no deja de afirmar más tarde que dicho extrañamiento general puede «ser amortiguado por grupos de apoyo, por enclaves de integración social 'desviada'» (1974, 168).

El autor sugiere como mal menor una especie de *apartheid* voluntario para los ancianos, o, lo que es lo mismo, el refugio en el trato con personas de la misma edad y la formación de comunidades «senior» que generen conciencia de grupo y suministren móviles de acción a la ancianidad.

Rosow se refiere al trabajo de Arle Hochschild (1973), citándolo como confirmación de sus hipótesis. Paso a centrarme en él.

Para la autora el aislamiento de los ancianos se debe fundamentalmente a tres factores: su «declive en el rendimiento laboral», la consolidación de un «sistema de estratificación basado en la edad» y «el relativo debilitamiento de los vínculos de parentesco» a nivel general (1973, 18). Se trata de un aislamiento que, a tenor de las notas presentadas, constituye tan sólo uno de los problemas que afectan a la sociedad en su conjunto:

«El aislamiento de los viejos se vincula con otros problemas. Los ancianos son pobres y la pobreza de por sí es ya un problema. Los ancianos no encuentran trabajo, y el desempleo, en esta sociedad [norteamericana], es un problema de por sí. Los ancianos sufren de la falta de vida comunitaria, siendo dicha falta también un problema... Para que cambie de forma fundamental la suerte de las personas de mayor edad, son todas aquellas condiciones las que deben cambiar» (1973, 140).

La auténtica solución, pues, tiene que ser radical según Hochschild. No obstante ésta, lo mismo que Rosow, mantiene que pudieran conseguirse ciertos logros parciales en relación con la ancianidad. La autora pasó tres años investigando como observadora participante lo que denomina una «comunidad de abuelas» (un albergue de jubilados dividido en apartamentos para cada residente); y allí encontró un espíritu comunitario (espíritu «inesperado», como reza el título de su libro), que le dio pie para mantener una moderada esperanza con respecto a las expectativas de los ancianos. Oigámosla:

«La solidaridad comunitaria puede renovar el contacto social que los ancianos mantienen con la vida. A los viejos papeles sociales idos con la edad suceden otros nuevos. Si el mundo deja de preocuparse de los ancianos precisamente por ser viejos, ellos [ellas en este caso, J. E. R. I.] están más pendientes los unos de los otros. Al relajarse la responsabilidad hacia los jóvenes, los viejos adoptan responsabilidades hacia sí mismos. Es más, en una sociedad que mira con desdén a quien no 'se comporta con arreglo a su edad', la subcultura de la vejez impulsa a los ancianos a bailar, cantar, coquetear y bromear. Los ancianos [que viven una situación comunitaria] hablan de la muerte con una franqueza superior a la de todo el mundo. Se enseñan a comportarse entre sí, y encuentran en común soluciones para problemas que antes no les habían afectado... La vejez, como la adolescencia, constituye una minoría en la que prácticamente todos acaban por integrarse; pero se trata de una minoría olvidada de la que los mismos ancianos, en muchas ocasiones, tratan de distanciarse. Son comunidades como Merrill Court [el lugar

estudiado por Hochschild] las que cortan este proceso, al promover el sentimiento del 'nosotros', así como una emergente 'conciencia de vejez', en un momento en el que se diluyen los vínculos familiares. A la larga, quizá sea ésta la más importante contribución debida a una comunidad de ancianos» (1973, 141-2).

Antes hablé de la segregación cultural de las gentes de edad, de esa peculiar actitud respecto de la vejez compuesta de hipocresía y paternalismo. Me refería a algo similar a lo que Gubrium (1973) denomina «mito de los años dorados», cuyas características describe como sigue:

«1. Se decide que el entorno social de los ancianos es estable y falto de problemas (*undemanding*).

2. El ideal de situación para la ancianidad se concreta en la imagen tópica de la pareja de 'abuelos que se quieren'.

3. Se considera que los ancianos son personas altamente altruistas, especialmente en lo que se refiere a las relaciones intergeneracionales.

4. El envejecimiento es catalogado como proceso de disminución de deseos y necesidades.

5. La salud aparece como consecuencia de la 'austeridad' y 'vida sana' voluntarias.

6. La respuesta normal y general al hecho de hacerse viejo debe ser el equilibrio y la satisfacción. En esto consiste la adaptación a la vejez» (1973, 200).

El autor desecha muy convincentemente el anterior «mito» o estereotipo en base a datos fehacientes (1973, 200 y ss.). Entre sus argumentos se encuentra la descripción del mecanismo psicosocial de «doble estándar» que ayuda a perpetuar en las sociedades desarrolladas la mencionada segregación cultural de los ancianos. Con sus palabras:

«Se tiende a retratar a las personas de edad como una colección de 'viejecitos entrañables', como 'gente encantadora'. Semejantes imágenes acerca de los 'años dorados' contrastan enormemente con la información registrada sobre actitudes hacia los ancianos. El núcleo del contraste podría verse resumido en la siguiente observación: 'son felices y buenos, pero yo no quisiera vivir con ellos'. El mito de los años dorados supone una especie de complacencia exenta de culpa por parte del público: por una parte se da la tendencia general a desautorizar a la ancianidad, evitando cualquier conducta considerada como 'vieja'; mientras que, por otra, ha cobrado cuerpo el amañado convencimiento de que todo va bien en la vejez. El mito permite que esta última pueda ser desacreditada sin sufrir remordimientos» (1973: 184).

Bajo una perspectiva psicosociológica similar, también otros autores han sabido analizar la contemporáneamente extendida actitud negativa hacia los

ancianos. En este sentido, por ejemplo, Margaret Clark, refiriéndose primordialmente a los Estados Unidos, conecta el problema de la vejez con algunos de los rasgos más negativos de la cultura norteamericana —etnocentrismo, síndrome de eliminación— (los cuales, dicho sea de paso, van arraigando en el resto de las civilizaciones occidentales):

«Desde nuestros presupuestos culturales, *no les necesitamos* [a los ancianos], y, de hecho, estamos convencidos de que nuestra compleja tecnología y nuestra economía funcionarían más eficazmente si no tuviéramos el 'problema de los viejos' (lo mismo que el 'problema chicano', el 'problema negro', el 'problema de la pobreza', etc.). Si a un individuo se le etiqueta como alguien 'que no ofrece nada a cambio de nada', cualquier pretensión que éste tenga con respecto a los demás 'sonará' inmediatamente a dependencia: pedirá o exigirá algo sin contrapartida. Nuestra cultura, que subraya el valor de la autodependencia y autoconfianza incluso en el seno de los grupos familiares, asignará normalmente sanciones negativas a quienes se atreven a tener tales pretensiones» (incluido en Kalish, ed. 1969, 67).

No menos impresionante es la descripción que hace Kalish de cómo la interiorización de un valor compulsivo puede llegar a producir un sentimiento de culpa:

«En nuestras sociedades del presente, el individuo que envejece percibirá su creciente necesidad de dependencia no sólo como una desgraciada regresión, sino también como el ingreso en un estado de desvalimiento, ansiedad e infracción con respecto al cual él mismo mantiene unos valores negativos interiorizados. Su intenso deseo de no querer constituir una carga para sus hijos se reflejará en su énfasis en la independencia, la concepción individual de la felicidad y la convicción de que los viejos deben desempeñar un papel limitado en la sociedad» (1969, 81-82).

Hasta aquí he recogido algunos juicios con la intención de ilustrar mis opiniones iniciales con estudios autorizados y relacionados, además, con investigaciones concretas. Creo, pues, haber dejado claro que no soy el único empeñado en asociar el problema de la vejez con problemas más amplios que implican una crítica de las sociedades contemporáneas (y, a este respecto, debo mencionar mi particular acuerdo con los trabajos de De Beauvoir, Blau y Hochschild). Hecha esta precisión, paso ahora a abordar cuestiones gerontológicas más especializadas.

La gerontología social y sus diversos enfoques

La gerontología en general, y la gerontología social en particular, son campos que cuentan ya con un elaborado arsenal conceptual y metodológico. Pero se trata de un desarrollo reciente. Hasta hace muy poco, en efecto, apenas era posible distinguir subgéneros dentro de la preocupación geriátrica,

la cual era atendida por una amplia gama de personas —médicos, asistentes sociales, psicólogos, sociólogos, religiosos—, quienes, sin embargo, no se sentían expertas o profesionales de una disciplina autónoma. Sólo en 1946 apareció el «manifiesto gerontológico» de Frank (Frank, 1946), en el que el autor propiciaba la independencia de esta rama del saber y definía sus tareas. Por lo que se refiere a la gerontología social, la para mi gusto primera gran aportación a la misma —la obra colectiva dirigida por Tibbits (Tibbits, 1960)—, tuvo que esperar, como se ve, bastantes años más para ver la luz.

Así pues, la situación actual con que iniciaba el párrafo ha requerido un largo proceso de consolidación, cuyos pasos han sido muy bien descritos por Koller (1968, 3 y ss.).

Centrándonos ya en la gerontología social, para cuyo contenido acepto la definición de Tibbits², trataré de resumir sus más influyentes teorías y escuelas.

A. Teoría de la actividad

Hasta que Cumming y Henry (1961) elaboraron su «teoría del *disengagement*» (que, en traducción castellana aproximada, significaría «desentendimiento» o «desenganche»; el próximo epígrafe se ocupará de tal teoría), los gerontólogos no tenían una preocupación teórica demasiado acusada, sino, que, más bien, preferían trabajar con fines eminentemente pragmáticos: cómo conseguir una mejor adaptación a la ancianidad. La práctica gerontológica cristalizaba en una serie de trabajos y consejos centrados en la prevención de la senilidad, en el logro de un sano equilibrio entre las personas de edad, a base, por lo común, de mantenerse activas en cualquier ocupación: «hobbies», vida vecinal, juegos, participación en organizaciones y clubs, etc.

Es este tipo de enfoque lo que ha sido denominado «teoría de la actividad». La cual, como dice Atchley (1972, 31 y ss.), es más una actitud o pauta de ciertos gerontólogos —es decir, el optimismo ante los problemas propios de la senescencia— que una teoría propiamente dicha.

En este sentido, Gubrium (1973, 4 y ss.) ha reseñado críticamente con acierto tal enfoque «activo», que no haría sino prolongar en el terreno gerontológico (al recomendar su adopción) los valores típicos de clase media profesados por los gerontólogos, fundamentalmente el gusto por el «bricolaje» y el mantenerse «en forma». Hay una fina ironía en la manera como el autor critica los programas de «actividades» que estos teóricos proponen a los ancianos para vencer la senilidad:

«Los teóricos de la actividad describen el 'éxito' de una equilibrada ancianidad con regusto calvinista... Su interés se centra en la calidad y cantidad de 'trabajo' o sustitutos del trabajo [sugeridos a los retirados] y no en la calidad de las relaciones sociales [recomendadas]» (1973, 9).

Havighurst, que quizá sea el más conspicuo representante de la teoría de la actividad, acusó las críticas (en Williams y otros, 1963, 299 y ss.), afir-

mando que, en efecto, el enfoque «activo» bien pudiera ser simplemente la vana ilusión de pretender que los ancianos pueden mantener los mismos hábitos y pautas que las personas de edad intermedia, pero que, en cambio, el refinamiento del mismo que él bautiza como «teoría del envejecimiento sin traumas» (*successful aging*), sí que es sostenible. Havighurst, en su revisión de la teoría de la actividad, no recomienda ya sólo como antes que los ancianos se mantengan «en forma» tratando de «hacer que los años no pasen por ellos» (es decir, prolongando las pautas de una edad vencida), sino, en general, que adopten cualquier actitud o comportamiento que sea beneficioso para su equilibrio.

No deja de ser interesante el anterior refinamiento, pero pienso que, a la larga, continúa inscribiéndose en las características generales que Atchley cuestionaba antes. En definitiva, la «teoría de la actividad» o su matización —la «teoría del envejecimiento sin trauma»—, no constituye una auténtica teoría articulada.

B. Teoría del *disengagement*

Como ya he indicado, Elaine Cumming y William Henry se lanzaron a llenar la laguna teórica gerontológica que acabamos de comentar, mediante la publicación de un libro sumamente polémico (1961) que puso en circulación el nuevo concepto de *disengagement*.

Los autores partieron de considerar que el trabajo gerontológico anterior a su contribución (esto es, la «teoría de la actividad», que ellos denominaban «teoría implícita del envejecimiento») no tenía apenas base empírica en qué fundarse. Por ello, Cumming y Henry, a partir de estudios de panel propios realizados en Kansas City, propusieron su teoría alternativa del *disengagement*, que, siempre según los autores, no era sino «puro sentido común». ¿En qué consiste este nuevo término? Textualmente:

«Partiendo de la observación de sentido común de que la persona de edad participa menos activamente en la vida que le rodea que cuando era joven, podemos describir el proceso por el cual llega a ocurrir eso sin entrar por tanto a considerar si dicho proceso es o no deseable. Según nuestra teoría, el envejecimiento consiste en un inevitable desentendimiento mutuo o *disengagement*, por cuya causa disminuye la interacción entre quien envejece y el resto de integrantes del sistema social al que pertenezca» (1961, 14).

El *disengagement* así definido comportaría tres consecuencias fundamentales:

«Se observan, en primer lugar, cambios en el número de personas con las que el individuo se relaciona habitualmente, así como, también, cambios en el número de interacciones dentro de este núcleo más restringido... [Se observan igualmente], en segundo lugar, cambios cualitativos en el estilo de las pautas de interacción entre el individuo y los demás componentes del sistema social... [Existen finalmente], en tercer lugar, cambios en la perso-

alidad del individuo que son causa y resultado a la vez de la disminución de las relaciones con los demás y del aumento de la preocupación por uno mismo» (1961, 15).

Así, pues, Cumming y Henry, que llegan a formalizar su teoría en una serie de postulados³, pudiera decirse que propugnan para el proceso de envejecimiento su identificación con un precepto de «retiro» ampliamente entendido, que el propio afectado o afectada debe acabar por aceptar. Esto fue muy bien visto por Tobin y Neugarten, quienes (1961), recién iniciadas las críticas que inmediatamente suscitó la formulación de la teoría del *disengagement*, se preocuparon por poner a prueba la hipótesis, implícita en la obra de Cumming y Henry, según la cual, «mientras la persona de edad intermedia se encuentra equilibrada cuando se relaciona (*engaged*), el anciano encontrará su equilibrio cuando se desentienda (*disengaged*)...; se da una correlación positiva entre el *disengagement* y el bienestar psicológico de los ancianos» (1961, 344).

Pues bien, lo que estos últimos autores dedujeron de su trabajo (basado —y esto es importante aclararlo— en datos del mismo estudio de Kansas City utilizado como banco de pruebas por los «padres» del *disengagement*), fue justamente lo contrario:

«Nos encontramos con que, según avanza la edad, es el hecho de sentirse vinculado (*engagement*), antes que el *disengagement*, lo que más estrechamente se relaciona con el bienestar psicológico» (Tobin & Neugarten, 1961, 346).

Cumming (en Kastenbaum, 1964) replicó a esta crítica, manteniendo intactos los «teoremas» del *disengagement* a base de suministrar nuevos datos (acerca, por ejemplo, de la evolución del temperamento de los ancianos y su pérdida del sentimiento de solidaridad). Y podría desde luego haber seguido la cadena de contrarréplicas y nuevas réplicas dentro de este terreno estrictamente técnico, ya que ocurre que el *disengagement* (o, más ampliamente, aislamiento o privación de los ancianos) tiene lugar bajo ciertas condiciones sociales, como ya vimos, y, en consecuencia, los aspectos descriptivos de la teoría de Cumming y Henry no dejan de ser verdaderos en parte. Por eso, en mi opinión, la crítica al *disengagement* debe hacerse más bien a sus presupuestos epistemológicos o filosofía por un lado y, por otro, al sesgo normativista en que se inscribe, el cual afecta a la larga a la pretensión empírica de sus postulados.

Respecto de lo primero, pienso que es necesario subrayar cómo Cumming y Henry presentan la simple descripción de un proceso como algo lógico, inevitable y, aún más, recomendable. Los autores «supersimplifican» (Maddox, 1964, 81) el *disengagement*, sin entrar para nada en su génesis, elevando a la categoría de teoría general del envejecimiento un tratamiento descriptivo superficial.

Tal actitud —y entramos en la segunda vertiente de la crítica— se em-

parenta con el rasgo central de la escuela estructural-funcionalista, desde la que fue formulado el *disengagement*, es decir, el normativismo. La entraña de este último ha sido muy bien definida por Gubrium como sigue:

«La teoría del *disengagement*, y el funcionalismo en general, parten del presupuesto implícito de que las personas, en relación con sus expectativas, actúan siguiendo pautas prescritas normativamente. Este presupuesto, en última instancia, desemboca en una visión completamente determinada de la conducta humana, en la cual el orden social funciona correcta y suavemente, sin dar cabida en el esquema analítico a la libertad personal ni, por tanto, a la conducta desviada... [Entonces] el *disengagement* no admite excepciones a sus presupuestos normativos: si se da la desviación (es decir, el *engagement* o vinculación), se dice que es debido a una actuación individual y no al proceso general normativo..., [con lo cual] la tesis central de la teoría no sufre, ya que *no* contempla a individuos propiamente dichos» (1973, 23-24; subr. del autor).

Y es el mismo Gubrium quien, desarrollando el anterior argumento, cuestiona la propia validez científica del *disengagement*:

«El *disengagement*... tiende a ser circular. Su *norma* se manifiesta en el *acto* del retiro personal. Se afirma que la norma se cumple cuando las personas se apartan de la interacción social; y cuando estas últimas deciden continuar relacionadas y activas el diagnóstico es: transgresión de la norma. Evidentemente así se puede 'explicar' todo, pero el argumento es tautológico... [Al fundarse en la precondition norma-excepción], ninguna condición empírica [de *engagement*] podrá desacreditarlo. En vista de ello, pues, si bien el enfoque del *disengagement* es empírico, no nos sirve de explicación científica en su forma presente» (1973, 26-27; subr. del autor).

Creo que con las citas precedentes no habrá que insistir más en la arrogancia de una teoría como ésta, cuya aparente contundencia se basa en definitiva en, diríamos, una falacia de su discurso teórico, aparte de estar impregnada de adhesiones ideológicas segregacionistas con respecto a la ancianidad. Paso, entonces, a considerar otros enfoques.

C. Teorías fundadas en las relaciones interpersonales

Dentro de la gerontología social, como en el resto de la sociología, los esquemas de aproximación a la sociedad interindividuales se dividen en dos grandes líneas: la funcionalista y la interaccionista simbólica. Ambas son muy diferentes entre sí: la primera concibe a los individuos activados, en el seno de «sistemas sociales», por un fluido externo y normativamente imaginado de demandas y expectativas; mientras que para la segunda los individuos construyen ellos mismos su mundo como resultado de un proceso de relaciones sociales hechas de gestos y respuestas. Gubrium ha resaltado muy bien esta oposición en el terreno concreto sociogerontológico:

«Los interaccionistas tratan de interpretar el hecho social de envejecer en términos de las interacciones habidas entre las personas que envejecen entre sí, así como entre ellas y el resto de la sociedad... Los funcionalistas interpretan ese hecho social en un contexto... [de] integrados y pulcros 'sistemas' que quizá atraigan el sentido estético de sus lectores, pero que se refieren en mi opinión a unas situaciones demasiado diversas y complicadas como para ser evaluadas bajo un signo general de equilibrio» (incluido en Rose & Peterson, 1965, 366).

Sin embargo, a pesar de esta divergencia de fondo, tanto la teoría funcional como la interaccionista valoran el concepto de papel (por más que en una sea algo «dictado», y en otra algo «desempeñado»); y por ello desde las dos ópticas se ha elaborado una teoría de la vejez como «pérdida de papel» (*role loss*).

Para el enfoque interaccionista, tal «pérdida» significa la dramática privación de «audiencia» por parte del anciano, el silencio final con respecto a los propios «gestos» o propuestas sociales, el convencimiento de que la propia actuación ya no va a ser tenida en cuenta por nadie. Por el contrario, para la perspectiva funcionalista, la «pérdida» significa un vacío normativo. Así, Rosow, que se enmarca en este último enfoque, describe al *role loss* como sigue:

«La transición a la ancianidad difiere sustancialmente de otras transiciones de edad previas. Es un tránsito amorfo, vago y poco regulado, como prueba el que apenas cuente con *rites de passage* propios. En cuanto a su contenido, incluye *pérdidas sociales*, especialmente la pérdida de valores centrales, así como de responsabilidad, autoridad y recompensas. Se reproduce una *ruptura de papel* (*role discontinuity*), para la que no existen preparación ni nuevas normas, responsabilidades y derechos que actúen como sustitutos... Prácticamente no hay normas que provean de expectativas y estructuren efectivamente las actividades y modo de vida general de los ancianos. No hay previstos papeles consistentes para ellos. En este sentido, la vida de una persona de edad está 'carente de programa' (*roleless*)» (1974, 27 y 29; subrayado del autor).

Otros autores, más próximos a la perspectiva interaccionista «rival», han refinado y cualitativizado la teoría de la pérdida de papel. Por ejemplo, Zena Blau (1973, 244 y ss.), la cual propone, en primer lugar —fiel a su filosofía existencial de base que ya hemos reseñado en parte y que se emparenta con la de De Beauvoir y en último extremo con la «néantisation» de Sartre—, «desdramatizar» el halo de «pérdida» de la vejez, arguyendo que, al fin y al cabo, todo el desarrollo personal es una progresiva superación de etapas de la que nadie está exento y que, por tanto, si toda la vida es «pérdida» no hay por qué estigmatizar al último de los cambios vitales sólo por ser el último. Y, en segundo lugar —y esto reviste más interés en mi opinión—, la autora propone la reinstauración de un nuevo código evaluativo que haga que cada

persona sea valorada por sí misma y no de acuerdo con los actuales patrones culturales —como la producción y el vigor maduro-juvenil—. El problema a erradicar, continua Blau, pasa por la evidencia de que actualmente los individuos tienden a olvidar su propia identidad, aceptando etiquetas social o convencionalmente construidas que no reflejan del todo sus personalidades y perspectivas. Con sus palabras:

«Los adultos desempeñan tan a conciencia los papeles de cónyuge, padre y 'buscador de sustento' (*breadwinner*) que casi no advierten la forma en que esos papeles principales llegan a presidir desde fuera su identidad, sus pautas de relaciones sociales y el sentido de su vida cotidiana. Solamente en retrospectiva, cuando ya la persona ha abandonado uno de esos papeles, se da cuenta de la magnitud del fenómeno» (1973, 20).

Pero quizá sea Gubrium quien más sólidamente ha desarrollado el enfoque interpersonal-interaccionista en lo que se refiere al campo de la gerontología social, logrando además unas cotas de síntesis entre ópticas diversas que hacen interesante su trabajo para las ciencias sociales en general. Ya el nombre con que el autor denomina a su teoría —«enfoque socio-ambiental (*socio-environmental*) del envejecimiento» (Gubrium, 1973, 28 y ss.)— da idea de esa vocación comprensiva.

Para Gubrium, la vejez debe ser entendida como un proceso de interdependencia entre las personalidades en cuestión y sus entornos. A este respecto, es decisivo para él el concepto de moral (*morale*) del anciano, que hace depender del mencionado entorno, el cual consta de dos componentes: el «contexto individual» y el «contexto social». En el primero se incluyen «aquellos factores que acentúan o limitan la actividad [del individuo]: ...salud, solvencia financiera, etc.» (1973, 38). El segundo se refiere a las «expectativas» o «normas de actividad», normas éstas que no son para el autor algo fijo o rígido, sino el resultado de la constantemente cambiante interacción social habida en el grupo al que pertenece el anciano. Se trata, como dije, de una estrecha reciprocidad entorno-personalidad y viceversa; por lo cual también «las actuaciones personales influyen o retroactúan sobre sus contextos» (1973, 45).

El modelo de Gubrium (que se apoya en datos empíricos obtenidos de un estudio realizado por el autor entre la población de edad de Detroit) constituye, en definitiva, un ambicioso intento de reconciliar dinámicamente, en lo que a teoría sociogerontológica se refiere, los aspectos estructural, interactivo y personal; de aquí el interés de que antes hablaba. Con su mención doy por terminada esta panorámica acerca de los diversos enfoques de gerontología social, pasando a considerar otra de las facetas del proceso de envejecimiento.

El individuo y la ancianidad

Quisiera abordar ahora el problema de la vejez desde el punto de vista de los individuos que lo experimentan. En consecuencia, me detendré en algunas de las conclusiones a que ha llegado la investigación en torno a las consecuencias psicológicas del hecho de hacerse viejo/a.

En este sentido, es importante recordar la interesante tipología de posibles «estrategias de acomodación a la ancianidad» confeccionada por Reichard, Linson y Peterson (1962), a partir de sus propios trabajos, y que ha sido objeto de considerable atención por parte de otros gerontólogos (Bromley, 1966, 104 y ss.; Botwinick, 1973, 51). Dicho tipología se divide en las siguientes cinco variantes:

- «Constructividad» (cuyas notas son: actividad, autoconfianza, actitudes realistas, lucha contra el deterioro físico e intelectual).
- «Dependencia» (caracterizada por la pasividad, el aislamiento y las fantasías).
- «Defensividad» (que va acompañada de la ocultación de la propia edad, el rechazo de la actividad reflexiva y la obsesión por «tener algo que hacer», sea lo que fuere).
- «Hostilidad» (rasgos: mezcla de sentimientos de furia y admiración con respecto a la juventud, miedo en general, construcción de falsas imágenes embellecidas del mundo y de uno mismo).
- «Odio hacia uno mismo» (*self-bate*) (son sus síntomas: el pesimismo, la depresión, la aceptación de la muerte como alivio, la exageración de los propios defectos).

¿Cuál de estos tipos prevalece? Evidentemente ninguno en puridad. Sí que es de señalar, en cambio, que, dadas las características de segregación cultural a que se ve sometida la ancianidad (según indicábamos en el primer epígrafe), casi ningún investigador se encuentra con respuestas «constructivas» a lo que ya de por sí es un trauma biológico, sino con respuestas íntimamente defensivas e introspectivas. A este respecto, por ejemplo, Kimmel —quien, a pesar de todo, es en principio optimista⁴—, hablando del estado psicológico de ancianos jubilados, se refiere a «una introspección y aferramiento al pasado crecientes... La estructura de la personalidad se retrae hacia sus componentes originarios, afianzándose el individuo en los puntos de apoyo defensivos que él mismo se ha construido» (1974, 261 y 320).

Asimismo, Birren (1964, 227), afirma que «es un presupuesto comúnmente aceptado por los estudiosos de la edad avanzada» que, «según envejece, el individuo pierde el gusto por ciertas metas que antes ha profesado». La introspección, en definitiva, podría considerarse una pauta de la senescencia tal y como tiene lugar en la actualidad (Neugarten, 1964, 193).

Vuelvo a repetirlo, el problema de fondo es el de la proscripción cultu-

ral de la ancianidad, el de la hostilidad general hacia ella, que Botwinick resume dramáticamente:

«Muchos ancianos, quizá casi todos ellos, remansan su atención en sí mismos en algún punto de sus vidas, distanciándose de los demás... Al mismo tiempo, el resto del mundo, las instituciones, les expulsa; corta sus papeles y funciones, llegando con frecuencia a estigmatizarles» (1973, 50).

Sobre la identidad y conciencia de grupo de los ancianos

Pienso que son los temas contenidos en este epígrafe los que faltan para cerrar la presente panorámica sociocultural y teórica de la vejez.

Respecto del primero de los temas —la identidad de grupo de los ancianos—, lo más importante a clarificar, en mi opinión, es si, en efecto, puede o no considerarse a los viejos como un grupo social.

La respuesta, para Streib, es, decididamente, negativa: «en términos estrictamente sociológicos, las gentes de edad constituyen un agregado estadístico o categoría social, pero no un auténtico grupo... La pertenencia a un grupo catalogado como 'de edad' no es exclusiva ni permanente, sino que aguarda a todos los miembros de la sociedad que vivan lo suficiente. La edad, por consiguiente, es un distintivo de grupo poco característico, en comparación con otros, tales como el sexo, la ocupación y la clase social... La noción de grupo minoritario compuesto por las personas de edad no añade ninguna luz al mundo de la precisión conceptual y los hechos empíricos. Por el contrario, lo oscurece» (1965, 213-313 y 323-324).

El autor, evidentemente, tiene razón a un cierto nivel. Ya he insistido en que los ancianos no constituyen un grupo sociológicamente homogéneo, sino que participan de las líneas divisorias y estratificacionales de la sociedad a la que pertenezcan. Pero Streib soslaya algo que también he subrayado: la situación de segregación cultural que es rasgo común de todos/as los/as ancianos/as.

La cuestión, entonces, no radica para mí en identificar a estos últimos con grupos sociológicos precisos (por ejemplo, la oligarquía financiera, los *white-collars*, la clase obrera industrial, los propietarios rurales, etc.), sino en ser conscientes de su creciente peculiaridad cultural. En unas sociedades como las industriales avanzadas del momento actual, en las que la cultura y la ideología resultan ser más y más el campo privilegiado para la percepción y aun definición de fenómenos tan trascendentes como el poder y el conflicto; en un mundo en el que nuevas categorías cualitativas —ser joven, ser mujer, ser estudiante, ser homosexual, pertenecer a una minoría étnica o nacional— renuevan los móviles y estrategias de las luchas sociales clásicas y aglutinan nuevos movimientos, las necesidades y demandas de los ancianos evidencian un fondo de convergencia que no puede ser ignorado. Por ello

me parece muy útil el trabajo realizado por Rose (Rose & Peterson, 1965, 3 y ss., y 19 y ss.) acerca de la «subcultura de la ancianidad» y la «conciencia de grupo de los ancianos».

Ahora bien —y entramos en el segundo de los temas del epígrafe—, el hecho de haber mantenido la anterior postura no quiere decir que vaya a incurrir en el extremo de pasar por alto los problemas que afectan a la ancianidad como a cualquier otra categoría o movimiento social aglutinado por un factor interclasista: sus dificultades en ensanchar y afianzar su propia conciencia, su falta de organización, etc. (a lo que habría que añadir, en nuestro caso, otra laguna fundamental, que es la de fuerzas y salud...). En este sentido, no es de extrañar la cautela con la que Rose⁵ y Gubrium⁶ defienden la mencionada subcultura de la ancianidad; ni mucho menos, tampoco, el rechazo que tienen con respecto a la misma Streib —según hemos visto— y Rosow⁷. Se trata de un fenómeno abierto que incita a la polémica y que admite variadas posturas, como la de Koller (1968, 121), quien llega a hablar de una previsible «contracultura de la ancianidad».

Yo personalmente reitero mi convicción de que la ancianidad constituye una emergente fuerza social considerable (el *senior power* a que alude orgullosamente una anciana dama en una foto contenida en Kimmel, 1974, 438; piénsese en nuestro país en el creciente peso de los movimientos de pensionistas y jubilados e incluso en la forma no casual en que por fin los problemas de la ancianidad empiezan a tener una mínima audiencia). Asimismo, defiendo que la dignificación de la vejez debe ser incluida en cualquier programa de alternativa radical. En cuanto a los posibles derroteros, será por supuesto el futuro el que diga la última palabra. Que se rompa o no de verdad la estigmatización cultural de los ancianos depende a la larga de un más amplio proceso de cambio en el que quizá ahora mismo estemos inmersos, y que básicamente consistiría en sustituir el actual criterio decisorio de la lógica de la producción por una universal lógica de la emancipación.

Balance final

Quizá convenga realizar una recapitulación que resuma la línea de los argumentos.

La idea central ha sido enmarcar el tema de la vejez en una perspectiva más general que conecta con la crítica de ciertos desarrollos de la civilización industrial. A partir de ese marco de referencia, he reseñado los distintos grandes enfoques de gerontología social, manifestando mi acuerdo con autores como De Beauvoir, Z. Blau y Hochschild, rechazando otras construcciones teóricas por causa de su ingenuidad (Havighurst) o descriptivismo sesgado (Cumming, Henry), y evaluando positivamente parte de alguna elaboración más (Rose, Rosow, Gubrium).

Tras detenerme a continuación en algunos de los rasgos más extendidos de la situación psicológica de los ancianos en la actualidad, he desembocado en la cuestión de la posible identidad de grupo de la vejez. A este respecto, he querido conectar la presente sensibilidad hacia los problemas de las gentes de edad y la paralela emergencia de movimientos protagonizados por estas últimas, con la irrupción, propia de sociedades industriales avanzadas o en vías de serlo, de nuevos frentes de estratificación y conflicto de corte netamente cualitativo.

Lógicamente, la conclusión ha quedado abierta hacia el porvenir, habiéndome contentado con apuntar que, entre las tendencias del presente, puede estar anticipada la situación de cambio emancipador profundo que, entre otras cosas, cancelaría, si no todos los problemas de la ancianidad, al menos su postergación cultural.

NOTAS

* Constituye este artículo una versión revisada de la parte introductoria de un estudio presentado como *paper de Master* en el Departamento de Sociología de la Universidad de California (Santa Bárbara), denominado *To be old in Isla Vista. A study of a retired community (Ser viejo en Isla Vista. Estudio de una comunidad de jubilados)*. Dicha introducción teórica permite ser leída autónomamente; sin embargo, no quiero dejar de dar, aunque sea de modo mínimo, unas pinceladas acerca del marco, motivaciones, intencionalidad y conclusiones del trabajo, en el que en definitiva se inserta y a cuya luz fue escrita.

La idea motriz para la realización del estudio surgió de la impresión que me produjo la existencia de una residencia de jubilados en un lugar como Isla Vista, comunidad universitaria situada a orillas del Pacífico, que no es un simple barrio, sino un espacio geográficamente diferenciado del área de Santa Bárbara, y en el cual, por añadidura, quedan más o menos visualizadas ("menos" en los sectores puramente hedonistas de sus residentes) algunas de las inquietudes características de los años 60. Isla Vista, en efecto, une a la belleza de su entorno la condición de ser una comunidad única y casi experimental, presidida por notas entre las que figuran la adopción de estilos de vida no convencionales, la conciencia ecológica, el progresismo político y la lucha por la autodeterminación local. En cierta manera, este pequeño paraíso simboliza el particular derrotero de la institucionalización de la nueva política y la nueva cultura en los Estados Unidos: tras la "era radical" (que Isla Vista protagonizó con el famoso episodio de la quema del Banco de América y sus secuelas), el espíritu crítico avanza ahora por otras vías a más largo plazo. El sello juvenil viene casi obligatoriamente unido a tal panorama. De aquí la impresión que antes mencionaba; un núcleo de gentes de edad en medio de una localidad explosivamente joven hace reflexionar de forma obligatoria, ya que pocas veces conviven con tal carácter de extremidad el cénit de la vida y su final.

Pero si llevé adelante el trabajo fue por algo más, esto es, el convencimiento de que la "exploración" sistemática de la vida de aquellos jubilados y jubiladas me serviría para afianzar y delimitar mis preocupaciones de sociólogo e incluso de simple ser humano. Para empezar, la indagación que tenía tan a mano me permitiría sustanciar la nueva sensibilidad hacia lo psicossociológico, lo cotidiano y lo emocional, que había venido soslayando quizá hasta entonces bajo un barniz de dogmatismo macroestructural. El estudio, también, ilustraba algo que me sigue interesando, y es la creciente relevancia de elementos y categorías culturales (como la vejez) en la dinámica social de las sociedades industriales avanzadas. Por fin, tenía la oportunidad de poner a prueba mi fe en los métodos de investigación socioantropológicos, participativos, "cara a cara".

Métodos para cuyo primer marco general de referencia partí de las obras de Goffman, aunque pronto advertí que los conceptos clave de este último no cuadraban exactamente con mi objeto de estudio: la residencia no era una "institución total"; a lo sumo lo es la vejez —y por ende la vida entera—, metafísica o poéticamente entendida como "ronda de la muerte". En cuanto a los pasos concretos, mi estrategia fue concertar entrevistas con aquellos residentes que se prestaran a ello de forma voluntaria, utilizando una guía semiestructurada que incluía los siguientes apartados: autobiografía; actividades del presente; autoestima; ideología; opiniones acerca de la ancianidad y sus problemas; comentarios adicionales. El trabajo, por su parte (que explotaba cualitativamente el material obtenido en las entrevistas), constaba de estos epígrafes: biografías y personalidades; aceptación de pautas *versus* voluntad de cambio; ideología e interés político; ética del trabajo *versus* felicidad; vejez individual o vejez compartida; autoimagen y balance del pasado; perspectivas de futuro y actitudes ante la muerte.

Realizar el estudio me resultó muy gratificante; me acercó de forma vívida al proceso histórico —el desarrollo de las clases medias norteamericanas en el

primer tercio del siglo xx— que las vidas de los ancianos y ancianas representaban y, aparte, hizo que me desembarazara de prejuicios que yo mismo arrastraba inconscientemente: como digo en el texto, la marginación cultural de la vejez es un rasgo específico de ciertos modos de organización social y no algo inexorable (aunque, claro está, no se puedan cerrar los ojos al hecho inevitable del decaimiento físico). Pues bien, debo reconocer que me sorprendió encontrarme en la mayoría de los casos con hombres y mujeres (11 mujeres y cuatro hombres) no exultantes, pero sí abrigadores de proyectos todavía, en vez de toparme con residuos —que era lo que fabulaba estereotípicamente antes de empezar a investigar—. La aceptación o interiorización de pautas culturales incluso por las personas que se ven negativamente afectadas por ellas y, en un sentido más amplio, la incidencia del factor ideológico como elemento perpetuador del orden social, es un tema que me interesa y que he tratado de desarrollar en otros lugares. En este trabajo tuve ocasión de comprobar su importancia al descubrir cómo, con bastante frecuencia (y coincidiendo dramáticamente con los jubilados de más baja extracción social), mis entrevistados/as hacían suyas las razones de la estigmatización de la ancianidad y seguían manteniendo hábitos austeros y compulsivos. Insisto, como se ve, en consideraciones de índole cultural. Sin embargo, no soy tan ingenuo como para pensar que la esfera socioeconómica no influye también decisivamente en el problema de la vejez.

Sólo me queda para cerrar este preámbulo expresar mi agradecimiento a los jubilados y jubiladas de la *Friendship Manor* (así se llamaba la “retired community”) que satisficieron mi insaciable curiosidad; recordar a los profesores Flacks y Spaulding, que dirigieron cordialmente mi labor; patentizar mi repudio de esos ridículos eufemismos —“tercera edad”, “senior citizens” en U.S.A.— que esquivan una cosa tan diáfana como la vejez, y, por fin, manifestar que mi interés por esta última, en el tiempo transcurrido desde la redacción inicial, empiezo ya a sentirlo en carne propia; la treintena quedó atrás, las canas me puntean sienes y pecho con irritante insistencia, y a esto nadie es indiferente.

¹ Para datos estadísticos sobre los aspectos socioeconómicos y demográficos de la ancianidad en distintos países occidentales y en España, véanse: Botwinick (1973: 1-7), Burgess (1960), Cavan (1949), G. A. U. R. (1975), Havighurst (1969), Koller (1968), López-Cepero (1977) y especialmente Riley (1968). En los Estados Unidos, la imagen de marginalidad de los ancianos se asocia a la efectiva segregación física de aquellos que cuentan con recursos medios o bajos, derivada de que, como otros grupos —inmigrantes, minorías, parados...—, se ven obligados, por causa de su baja y escasamente renovable pensión, a vivir en los *ghettos* urbanos del *downtown*.

² “Pudiera decirse que la gerontología social se ocupa de aquellos factores del proceso de envejecimiento relacionados con la conducta o *status* del individuo en tanto que miembro de la sociedad... El estudio del envejecimiento de las personas pasa a ser sociogerontológico cuando algún aspecto de dicho proceso o algún cambio situacional relacionado con la edad influye en las actitudes, pensamiento o conducta de los individuos o a su posición en la sociedad.” (Tibbitts, 1960: 14-15.)

³ “Postulado primero. Aunque los individuos difieren entre sí, la expectativa de la muerte es universal, y la decrepitud, probable. Teniendo en cuenta esta disminución de aptitudes, se producirá una mutua pérdida de vínculos entre la persona de edad y el resto de miembros de su entorno.

Post. segundo. Las normas se crean e intensifican mediante interacciones; luego al disminuir el número y variedad de estas últimas, se ganará en libertad con respecto al control de las normas que presiden la conducta diaria. Así, pues, una vez iniciado, el *disengagement* se convierte en un proceso circular o auto-perpetuador.

Post. tercero. Puesto que el papel central de los hombres en las sociedades occidentales es instrumental, y el de las mujeres socio-emocional, el proceso de *disengagement* variará según se trate de uno u otro sexo.

Post. cuarto. El ciclo vital del individuo viene marcado por cambios en el ego (por ejemplo, la ancianidad suele estar acompañada de un descenso en la capacidad cognitiva, destreza y competencia). A la vez, el éxito en las sociedades industrializadas se basa en dicha capacidad, destreza y competencia, utilizándose el mecanismo del relevo de edades para asegurarse de que los jóvenes van a estar lo suficientemente preparados cuando accedan a puestos de responsabilidad, y que los viejos se retirarán antes que hayan perdido su capacidad. El *disengagement*, entonces, puede ser iniciado por el individuo a causa de cambios habidos en su ego, por la sociedad en virtud de imperativos organizativos, o por ambos al mismo tiempo.

Post. quinto. El *disengagement* completo se produce cuando tanto el individuo como la sociedad están listos para él. Si ninguno de los dos lo está, continúa la vinculación. Si sólo lo está el individuo, se produce una disfunción entre las expectativas de este último y las de los componentes de los sistemas sociales a los que pertenece, si bien el *engagement* suele continuar. Si, por fin, es la sociedad la que está preparada para el *disengagement*, la disfunción resultante lleva por lo común a ese resultado.

Post. sexto. Puesto que el abandono de papeles centrales —trabajo en el caso del hombre; matrimonio y familia en el de la mujer— trae una reducción drástica del espacio social, es de esperar que se produzcan crisis y pérdidas de 'moral' entre las gentes que alcanzan el *disengagement*, a no ser que accedan a nuevos papeles aptos para ellas.

Post. séptimo. A. Si el individuo es consciente de la exigüidad del tiempo que le queda de vida, de lo progresivamente reducido de su espacio de actuación y de la pérdida de energías a la que se ve sujeto, el *disengagement* ha empezado a funcionar. B. La sociedad concede permiso escalonadamente a sus integrantes para que se desvinculen (*disengage*), según cuáles sean las necesidades racionales y legales de su sistema educativo, la naturaleza de la familia nuclear y sus tasas de mortalidad.

Post. octavo. La disminución de interacciones y la pérdida de protagonismo genera un cambio en la calidad de los nuevos papeles adquiridos. Las gratificaciones dependen más del entorno inmediato, pasando la solidaridad de ser vertical a ser horizontal.

Post. noveno. El *disengagement* es un concepto neutro, libre de adherencias culturales; pero la forma concreta que adopte depende siempre de la cultura en que se origina." (Cumming & Henry, 1961: cap. XII.)

⁴ "Las personas jubiladas parecen adaptarse a sus nuevas vidas y tolerar sus aspectos negativos mejor probablemente de lo que lo hicieron en cambios vitales y de *status* previos. Quizá los cambios inherentes al retiro sean distintos al resto de los jalones de cada biografía..., pero no son necesariamente más devastadores. Después de todo, los jubilados son, en gran medida, 'sobrevivientes'." (Kimmel, 1974: 259.)

⁵ "Los ancianos [en los Estados Unidos] están empezando a formar un movimiento social en orden a elevar su *status* y privilegios; este movimiento, presumiblemente, va a ganar adeptos. Con ello los ancianos encontrarán nuevos estímulos, las jóvenes generaciones estarán más atentas a las cuitas de los mayores y, en general, pudiera aumentar el prestigio y dignidad de la ancianidad" (en Rose & Peterson, 1965: 364).

⁶ "Hace su aparición una subcultura de la ancianidad... Existen pruebas de que la agrupación y comunicación entre los ancianos está relacionada con la emergencia de específicas subculturas de la edad y su correspondiente conciencia de grupo." (Gubrium, 1973: 51.)

⁷ "Lo mismo que apenas existen normas estrictamente propias de los ancianos, tampoco existe la certeza de que vaya a desplegarse entre ellos una nueva conciencia. Está muy claro que la mayoría de las personas de edad *no* se identifican con la vejez, resistiéndose a ello en gran manera. Aunque busquen la compañía de personas de sus años en privado, en público no hacen causa común con ellas." (Rosow, 1974: 76; subr. del autor.)

BIBLIOGRAFIA

- Annals of the American Academy of Political and Social Science*: "Planning for the elderly", vol. monográfico, 438, julio 1978.
- ATCHLEY, R. C.: "Retirement and leisure participation: continuity or crisis", *The Gerontologist*, 11, 1971.
- *The social forces in later life*, Belmont (Calif.), Wadsworth, 1972.
- BEAUVOIR, S. DE: *La vejez*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.
- BIRREN, J. E.: *The psychology of aging*, Englewood Cliffs (N. Jersey), Prentice Hall, 1964.
- BLAU, Z. S.: *Old age in a changing society*, Nueva York, New Viewpoints, 1973.
- BOTWINICK, J.: *Aging and behavior*, Nueva York, Springer, 1973.
- BROMLEY, D. B.: *The psychology of human ageing*, Baltimore, Penguin, 1966.
- BURGESS, E. W.: *Aging in Western societies*, Chicago, University Press, 1960.
- CAVAN, R., y otros: *Personal adjustment in old age*, Chicago, Science Research Associates, 1949.
- CUMMING, E., "New thoughts on the theory of disengagement", contenido en Kas-tenbaum (comp.), *New Thoughts on Old Age*, Nueva York, Springer, 1964.
- CUMMING, E., & HENRY, W. E.: *Growing old*, Nueva York, Basic Books, 1961.
- FRANK, L. K.: "Gerontology", *Journal of gerontology*, 1, enero 1946.
- G. A. U. R.: *La situación del anciano en España*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1975.
- GUBRIUM, J. F.: *The myth of the golden years*, Springfield (Illinois), Thomas, 1973.
- HAVIGHURST, R. J., "Successful aging", incluido en Williams (comp.), *infra*, 1963.
- y otros: *Adjustment to retirement*, Assen, Van Gorcum, 1969.
- HAVIGHURST, R. J., & ALBRECHT, R.: *Older people*, Nueva York, Longman, 1953.
- HOCHSCHILD, A. R.: *The unexpected community*, Englewood Cliffs (N. Jersey), Prentice Hall, 1973.
- KALISH, R. (comp.): *The dependencies of old people*, Ann Arbor (Mich.), Institute of Gerontology, 1969.
- KIMMEL, D. C.: *Adulthood and aging*, Nueva York, Wiley & Sons, 1974.
- KOLER, M. R.: *Social gerontology*, Nueva York, Random House, 1968.
- LÓPEZ-CEPERO, J. M.: *Los viejos*, Barcelona, Dopesa (col. "Los marginados"), 1977.
- MADDOX, G. L.: "Disengagement theory: a critical evaluation", *Gerontologist*, 4, 1964.
- NEUGARTEN, B.: *Personality in middle and late life*, Nueva York, Atherton Press, 1964.
- REICHARD, S., y otros: *Aging and personality*, Nueva York, Wiley, 1962.
- RILEY y otros: *Aging and society*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1968.
- ROSE, A., & PETERSON, W. (comps.): *Older people and their social world*, Filadelfia, F. A. Davis, 1965.
- ROSOW, I.: *Socialization to old age*, Berkeley, Universidad de California, 1974.
- SHOCK, W.: *Trends in gerontology*, Stanford (Calif.), Stanford University Press, 1957.
- SIMPSON, I. H., & MCKINNEY, J. C. (comps.): *Social aspects of aging*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 1966.
- STREIB, G. F.: "Are the aged a minority group?", en Gouldner, A., & Miller, S. M. (comps.): *Applied sociology*, Nueva York, Free Press of Glencoe, 1965.
- TIBBITTS, C. (comp.): *Handbook of social gerontology*, Chicago, University Press, 1960.
- TOBIN, S., & NEUGARTEN, B.: "Life satisfaction and social interaction in the aging", *Journal of Gerontology*, 16, 1961.
- VISCHER, A. L.: *Old age*, College Park (Maryland), McGrath, 1970.
- WILLIAMS, TIBBITTS, DONAHUE (comps.): *Processes of aging*, Nueva York, Atherton, 1963.

NOTAS